

PROSAS Y VERSOS

Salvador Ortíz Campos.

Profesor de Geografía e Historia. Ha desempeñado su labor docente en los institutos IES Tacoronte (Tenerife), IES Puerto del Rosario (Fuerteventura), IES Alcaria, La Puebla del Río, (Sevilla) e IES Rodrigo Caro, Coria del Río (Sevilla).

En su corto recorrido como escritor de insomnios ha publicado cartas, artículos y poemas en *El Diario de Sevilla*, revista *La Razón*, de Isla Mayor, y revista *La Tabona*, de Almensilla.

A MI AMIGO MUERTO, ANTONIO SÁNCHEZ GALÁN.

Otra vez nos hemos quedado solos, pero esta vez mi soledad es más profunda que la tuya; es la soledad de los vivos.



La lluvia que se deja caer suavemente, parece querer acunar tu sueño eterno, atenuando la luz, quitándole alas al sonido. Debe saber que no te gustaron las estridencias.

Dentro de poco, con la primavera, todo volverá a tomar calor y las flores pintarán de colores el olvido de tu muerte. A lo mejor, Antonio, vuelvo aquí entonces con el alma limpia de tristeza para poner a tus pies aquellas amapolas y margaritas que adornaron los campos de nuestra infancia. A lo mejor, Antonio, vuelvo esta primavera y me tiendo a tu lado, como tantas otras veces, sobre la muelle suavidad de la hierba. Tal vez entonces vuelva a ver

aquel cielo mucho más azul que éste y aquellas nubes más blancas y dibujemos en ellas, con el ensueño, una galería interminable de fantasmas, un enorme y alado caballo blanco, un ejército, un león...¿ Recuerdas cómo nos íbamos allá a lo alto dejando el cuerpo dormido sobre la hierba hasta que, atardeciendo, nos bajaban el sol o el viento, o nos despertaba la humedad haciéndonos estremecer de frío?.

Te prometo volver alguna primavera y buscar juntos, entre los campos de arroz, aquellos sitios donde la hierba era más limpia, el cielo más azul y las nubes más blancas. Volveremos, ya desacostumbrados, a jugar con ellas y pintaremos entonces nuestra Isla perdida. Nos veremos y nos quedaremos solos Antonio, pero hasta entonces mi soledad será más profunda que la tuya, porque será la soledad de los vivos.

Villafranco. Invierno de 1987.

EL OTOÑO

Es de noche y ya estoy casi despierto.

He oído subir las escaleras las seis campanadas del reloj de mis abuelos, y, casi inmediatamente, una más, solemne.

Cumplo cuarenta y cinco.

Sobre un cristal empañado de mi ventana garabateo mi nombre, un corazón y el tuyo y contemplo cómo se deshacen. Pongo un dedo, levemente, sobre otro cristal intacto y se inicia la cascada. El vaho pierde su matemático equilibrio.

Veo a través de ellos cómo el otoño se ha instalado en mi jardín y, con un escalofrío, siento que también lo ha hecho en mi alma.

A los pies del paraíso descarnado yacen las hojas secas y amarillentas que fueron su adorno en primavera y recuerdo aquellos versos: “En cuán poco espacio yace la esperanza toda de mis cosas...”

Son cuarenta y cinco y el tiempo fluye. He vivido siempre en esta casa, apenas me he movido, pero siento que el tiempo, como una corriente mansa e inexorable, me ha arrastrado lejos, a la deriva.

Salgo a la calle desierta y deambulo, con un cigarrillo entre los labios, las manos en los bolsillos, lentamente. Cabizbajo me detengo, a veces, y miro navegar las nubes sobre los charcos del asfalto. Un espejismo.

Ya voy oyendo el murmullo de un bar cercano. Me cruzo con algunos jornaleros que, arrebujados en sus chamarras de nylon, impregnan el aire de un tufo de buenos días, café y aguardiente. Al abrir la puerta estallan la humareda, el parloteo y el calor de la parroquia. Parapetado sobre una esquina del mostrador intento saborear un café.

De regreso el sol ha ganado, casi por completo, la partida al alumbrado público y el gris se va tornando colorido, aunque todavía cuando aliento se forma vaho. En mi jardín umbrío no ha entrado aún la mañana. Todavía tardará un rato. Recorro de un vistazo los troncos, húmedos y desolados, en los que apenas quedan hojas de un verdor marchito.

En mi ventana, como enmarcada en uno de sus seis cristales, el primer rayo de sol dibuja la primera flor roja de la pascua.

Son cuarenta y cinco. El otoño se ha adentrado en mi jardín pero mucho más en mi alma.

Villafranco, diciembre de 1999.

EL PUTO MÓVIL

El río bajaba sucio, acompañado a trechos por lo que había sido un frondoso bosque de ribera. Los viejos caseríos habían sido engullidos por la voracidad del monocultivo. Aquel paisaje otrora vivo aparecía ahora muerto y desolado, como si le hubiesen robado el alma.

Sólo coincidían en su memoria, aunque encogidos por el tiempo, el viejo cortijo blanco y albero del que a lo lejos destacaban el campanario de la capilla, el torreón de la casa grande con sus nidos de cigüeñas, la pequeña y coqueta plaza de tientas y las cuadras frente al picadero. El camino de acceso seguía cortado por la misma cancela verde de hierro forjado entre los dos enormes eucaliptos. Allí detuvo el auto y anduvo. A medida que avanzaba se mostraban más claramente los estragos del tiempo y el abandono. De los tejados habían desaparecido las tejas que a buen seguro cubrirían los techos de algún chalet de lujo en alguno de los pueblos cercanos, al igual que las puertas y ventanas de madera maciza también pintadas de verde que habían sido arrancadas de cuajo, dejando los edificios con el aspecto de descarnadas calaveras. Atravesó el zaguán y deambuló por las habitaciones y el salón que aún conservaba milagrosamente el enorme ventanal acristalado que daba al patio interior invadido de malvas y jaramagos, donde había muerto el limonero y el brocal derruido señalaba el lugar del pozo ya seco. A pesar de la devastación podía recordar los olores y colores que adornaron aquel patio, la posición exacta de los muebles en aquel salón, las gentes de aquella casa, sus voces, sus rostros, el piano sobre la pared del fondo, a Teresa de espaldas, con su pelo rubio y aquél vestido amarillo que dejaba adivinar su piel, tocando aquella música nueva para él que la observaba furtivamente desde la cocina a donde había ido a pedir agua fresca después de montar a Antares. Es Teresa la hija de los señores, le dijo Manuela que se le acercó por detrás secándose las manos en el delantal y sacándolo a él de su embeleso. Ya la conocerás, ha venido del colegio a pasar las vacaciones. Le quitó el vaso de las manos con una sonrisa pícaro diciendo en voz bien alta, bueno, ¿tu no tienes nada que hacer gañan? para que se enterara Teresa que dejó de tocar y se volvió mirándolo fijamente con sus grandes ojos verdes, sonriendo, mientras él se azoraba y salía corriendo de la cocina hacia las cuadras. Mientras desensillaba y lavaba el caballo pudo verla apoyada en el quicio de uno de los balcones de la planta alta observándolo a través de los cristales. Siguió con su trabajo. Hola preciosa, saludó a Rhasmiya una hermosa pura sangre árabe, torda vinosa, acariciándole el cuello y dejándola olisquear y jugar con sus delicados belfos en la palma de su mano izquierda donde sabía que el escondía su regalo, media zanahoria. Le puso la cabezada y la ató a una de las argollas de fuera, la cepilló sin dejar de hablarle y sin poder evitar mirar hacia la casa repasando todas sus ventanas buscando a Teresa cuya imagen, sin él saberlo todavía, se quedaría para siempre en su memoria con la misma frescura del primer

instante. Estaba montando la yegua alargando el trote en las diagonales cuando la vio subirse a la valla y sentarse junto al poste de la M., con el pelo recogido y preparada para montar. Al pasar a su lado acertó el trote instintivamente y dijo Hola, sin poder mirarla, llevándose con él el halo de su perfume y su saludo. Buenos días, me llamo Teresa, ¿y tú? Se le forma un nudo en la garganta al recordarla, a lomos de Rhasmiya, él pie a tierra en el centro de la pista intentando transmitirle todos sus conocimientos, suelta la espalda, deja caer las piernas, la mano quieta, suave, no tires, al llegar a K media parada así..., muy bien, un círculo perfecto. Recordaba cada uno de sus paseos a caballo, hasta el bosquecillo cercano, su risa, su conversación, su primer y único beso sorprendido por su padre al que no habían oído acercarse. ¿Qué hacéis aquí? Teresa sube al coche le ordenó como solo sabían hacer los señoritos. Papá por favor. Sube al coche te he dicho, y tú, coge los caballos y a la cuadra. Qué podían responder ella a sus dieciséis años y el con dieciocho sin saber muy bien qué habían hecho, confusos en sus sentimientos. Teresa subió al coche y no miró atrás cuando éste se puso en marcha. Andrés puso los caballos a galope tendido intentando darle alcance pero la polvareda que dejaba tras de sí el vehículo lo ahogaba a él y a los caballos por lo que decidió aflojar la marcha, los animales no se merecían aquella carrera infernal hacia la nada. Un jinete debe aprender a controlarse si quiere controlar a los caballos. Cuando llegó al cortijo no había rastro del coche, ni de Teresa, ni de su padre. El capataz salió a recibirlo, Andrés, de parte de D. Antonio que metas los caballos en la cuadra y que no vuelvas por aquí, le dijo dándole un sobre con dinero, algo menos de lo que debía pagarle. Pero... yo... intentó decir algo pero no pudo. Nunca más volvió a ver a Teresa. Un día oyó hablar a sus padres sin que se percatasen de su presencia y supo de su muerte. La conmoción fue tal que aún hoy tiembla al recordarlo. Una mañana las monjas encontraron la única ventana sin rejas del segundo piso abierta de par en par y a ella aplastada contra el suelo de la calle. Había dejado una nota de la que no se supo....

Ya estamos con el putito móvil. Dime cariño, ¿qué quieres? ¿Dónde estás? En casa, ¿dónde quieres que esté? ¿Ya has ido al Mercadona? ¿Cómo? Te lo dije esta mañana, no me digas que tampoco has visto la lista con los cincuenta euros que te he dejado en la mesa de la cocina. La verdad es que no. Es que no me echas cuenta cuando te hablo. Si hablaras menos, pienso, quizás te prestase más atención cuando hablas. ¿Y qué es lo que estás haciendo? Escribo. Eso, tu sigue perdiendo el tiempo en vez de hacer las cosas que hay que hacer. Vale cariño no te preocupes que ahora voy. Vale, pero te llamo porque voy a tardar y tienes que recoger a los niños. En el frigorífico hay dos ollas una con bla bla bla bla.... La nota ¿qué decía la nota? Bla bla bla bla bla bla. ¿Qué hizo D. Antonio, volvió al pueblo o lo vendió todo y se marchó? ¿Cariño, me estás escuchando? Claro que sí dime, dime.... ¿Qué te diga qué, si acabo de explicártelo todo? Claro que sí, dime.... ¡Que dejes de escribir y de hacer el tonto y vete al Mercadona que después por la tarde me toca a mi hacer todo lo demás. Vale. Ahora voy. A tomar por el culo la literatura, será hija de su... el sol empezó a teñir de rojo el cielo por el oeste y la arboleda... ¡A tomar por el culo!

LA CRISIS

Estaba a punto de perderse cuando reconoció el coche de Juan que doblaba una esquina. Lo siguió por una calle espaciosa, arbolada de grandes tilos de cuyas ramas empezaba a desprenderse la primera hojarasca. Los setos que separaban las parcelas sobresalían por encima de los muros como celosos guardianes de la intimidad de unos caserones de los que sólo podían verse las tejas, alguna esbelta chimenea o alguna acorazada ventana de algún castillete. La urbanización hubiese parecido desierta a no ser por algunos vehículos aparcados fuera de sus garajes. Allí estaba Juan, lo vio bajarse del coche y esperar, mientras él terminaba de aparcar, para acercarse y saludar haciendo un gesto con la mano. ¿Qué tal?, veo que no te has perdido. Andrés le devolvió el saludo. No, aunque ha faltado poco. Esto está irreconocible. La verdad es que sí, se ha construido demasiado en estos últimos años. ¿Ese es todo tu equipaje? Le preguntó Juan señalando las bolsas que acababa de sacar del portamaletas. Sí, pero ahí tengo dos más con algunas cosas que he comprado, algo de comida, cervezas... no había terminado la frase cuando Juan muy dispuesto ya las había cogido - Deja que te ayude - y bajaba el portón para que él sólo tuviese que pulsar el mando y cerrar el coche con un chasquido metálico y el parpadeo de las luces intermitentes.

La llave giró sin dificultad pese al aspecto de la cerradura y la cancela cedió con un prolongado chirrido que hizo callar a los alborotados gorriones que poblaban aquel jardín descuidado que rodeaba la casa vacía y silenciosa. Tenía el aspecto convencional de las casas largamente deshabitadas. De su fachada, ajada y deslucida por el tiempo, colgaba, cuarteado, un anuncio de Se vende, cuyo número de teléfono había ido perdiendo intensidad y era apenas visible. Juan recogió el correo que llenaba el buzón. Es casi todo propaganda, le dijo seleccionando varias cartas, probablemente recibos de luz y agua y algún extracto bancario. Mira que he ido veces a cambiar la dirección y estos imbéciles siguen mandando aquí los recibos. ¿Es para desesperarse o no? Al abrir la puerta de la casa con las manos ocupadas no pudo izarla y rozó el suelo. Tendría que haberla cepillado, pero siempre se me olvida. Pero pasa, pasa. Soltó las bolsas en la misma entrada. Abrió el cajetín eléctrico y subió todos los interruptores. En la cocina el motor del frigorífico se puso en marcha. Bueno, como te dije tiene de todo. Ya sabes cómo son las mujeres. Cuando nos mudamos quiso todos los muebles nuevos. Los de la cocina porque estaban hechos a medida e iba a costar más adaptarlos que comprar una nueva, los del salón porque no pegaban en el piso, los dormitorios porque los niños los habían destrozado del uso, en fin, todos tenían alguna falta, ya te puedes imaginar. Caprichos de mujer. ¡Qué me vas a contar! Bueno ya conoces

esto, arriba están los dormitorios y un cuarto de baño y ahí la cocina, el aseo , un estudio, le dijo describiendo un semicírculo con el brazo extendido, señalando cada una de las puertas, sin moverse de la entrada, y aquí, encendió la luz, el salón, que como ves está completo, aunque no tiene tele. No importa, le dijo Andrés que abría uno de los ventanales que flanqueaban la chimenea y daban al jardín. Juan se acercó e hizo lo mismo con el otro. Abre, abre, hay que ventilar esto un poco, huele a cerrado. Hace ya bastante que no vengo. Creíamos que mudarnos y vender la casa iba a ser todo uno y fíjate, señaló con un leve gesto la maleza que allí fuera empezaba a engullirlo todo. Ya va para tres años. Al principio llamaba bastante gente y venía a menudo e intentaba mantener todo esto en orden, pero con el tiempo las llamadas se han espaciado y me he ido cansando. Las cosas han cambiado mucho. La gente viene sólo a curiosear. Permaneció pensativo y en silencio sin dejar de mirar al jardín, hasta que oyó la pregunta de Andrés. ¿Pides mucho? Juan sabía que era sólo curiosidad e intentó dar un rodeo para no responder con una cifra concreta. Qué va, precio de mercado, Andrés no insistió, había captado la evasiva y no tenía ningún interés, así que dejó que acabara de explicarle pormenorizadamente todo sobre el funcionamiento del gas, el agua y todo lo que creyó conveniente. Andrés, aunque agradecido, no veía el momento de quedarse solo y le dejó hablar sin interrumpir con la esperanza de que acabase y se fuese cuanto antes. El martes si tengo tiempo me pasaré a ver cómo va todo y así le damos un repaso al jardín y adecentamos esto un poco. ¿No te importa echarme una mano, no? No, que va. ¡Coño! Esta vez Juan había sido más rápido que nunca. Ya empezaba a arrepentirse de haberlo llamado, él necesitaba sobre todo estar sólo, tranquilidad, y acababa de darse cuenta de que eso iba a ser muy difícil, Juan nunca daba nada a cambio de nada. Bueno, si necesitas algo o tienes algún problema ya sabes, me das un toque, ¿vale? Gracias por todo Juan. Nada hombre, lo importante es que la cosa se arregle cuanto antes, le dijo encaminándose hacia la puerta. Piénsate bien lo que haces, deberías darte un tiempo antes de tomar una decisión definitiva, quiso aconsejarle, porque no creía que aquella separación y sus problemas fuesen tan graves que no tuviesen solución. Probablemente en su estado no viese las cosas con claridad. Andrés llevaba un tiempo raro, taciturno e irascible. No acertaba a comprender lo que pasaba por su cabeza, últimamente hablaban poco porque se había ido alejando cada vez más de los amigos. Sabía que bebía demasiado y que lo hacía de manera compulsiva igual que fumaba. De todas formas pensó que aquello sería un desarreglo pasajero y que todo volvería a la normalidad tarde o temprano, sobre todo si, como él mismo le había confesado, ni había otra mujer ni un motivo concreto. Creo que ya lo he pensado bastante. Es lo único que he hecho durante años, pensar, pensar mucho. No creas que no le he dado vueltas. Llevo años intentando buscar un arreglo pero no lo hay, esta es la única salida posible y creo que no voy a dar marcha atrás. Ya desde la acera Juan se fijó bien en él y le pareció como si físicamente hubiese encogido, parecía más bajo ahora, menos recio, menos seguro, como si los problemas lo estuviesen consumiendo. De todas formas tómate un tiempo antes de seguir adelante. Hazme caso, le dijo. En el fondo

sintió lástima por él. ¡Ah!, se volvió sonriente cuando ya se iba, alargándole la mano, me llevaba las llaves. Hasta luego. Adiós y gracias de nuevo. Andrés esperó que arrancase para cerrar la cancela. Se detuvo en el jardín antes de entrar, no había duda, una casa así era lo que necesitaba en esos momentos, un lugar tranquilo, alejado de ruidos, independiente. Tal vez allí pudiese encontrar el sosiego que necesitaba. ¡Qué curioso!, aquella misma tranquilidad, aquel aislamiento habían sido el argumento que Ana esgrimió ante Juan el día que se le puso ahí que tenían que mudarse, que los niños ya estaban mayores y que ella estaba harta de coche, de tanta casa, de tanto jardín, de tanto trabajo y tanta mierda, ¡harta! ¿me oyes? de estar sola y aislada, sin que le preocupase lo que su marido pudiese pensar al respecto..., o como Juan le había dicho, con la lengua algo espesa después de la tercera o cuarta cerveza, ayer por la tarde, cuando le pidió que le alquilase la casa, ... obviando todas las ventajas de vivir allí, sin que mi opinión le importase una mierda, poniéndole una mano en el hombro, tratando de mostrarse solidario, haciéndole ver que lo entendía perfectamente y que iba a ayudarlo porque también él había estado a punto en más de una ocasión de mandarlo todo a hacer puñetas. Además, tú lo sabes, Andrés, que en más de una ocasión he estado en un tris de hacerlo. La grama muy crecida competía con las malas hierbas y amenazaba seriamente con levantar las planchas de pizarra que rodeaban la piscina medio llena de un agua verdosa en la que flotaban cientos de hojas secas y varias botellas de pet arrastradas allí por el viento. Encendió un cigarrillo y se sentó en uno de los bancos de piedra semicirculares, bajo la pérgola cubierta de glicinias, acodado sobre la fría mesa fumó intentando no pensar, cabizbajo, con la vista perdida entre las nubes que parecían deslizarse sobre el agua putrefacta, hasta que las farolas de la calle comenzaron a parpadear y una ráfaga de aire fresco lo empujó al interior.

LOS PERSONAJES EN LA CREACIÓN LITERARIA.

Imagino que se preguntará quién soy. Yo también, a diario. No dude de que me conozco razonablemente bien, como puede llegar a conocerse alguien como yo, y que podría explicarles quién soy, pero he vivido lo suficiente para saber que hablar de uno mismo no es de buena educación, además, nada de lo que dijera tendría un valor absoluto, habría quienes dudarían de mi sinceridad, quienes se preguntarían por mis intenciones al hablar de mí, y quienes interpretarían de forma muy personal lo dicho, con lo cual nunca llegaríamos a tener la certeza ni ustedes ni yo de quién sea yo en realidad. Mi autor, siempre desde su atalaya, me ha ido dando forma a medida que ha ido desarrollando su obra, una obra que tiene en su cabeza y de la que es el único que tiene una perspectiva global. Pero no vayan a pensar que nosotros, los personajes, somos meras marionetas en sus manos. A mí, por ejemplo, podría haberme descrito, con pelos y señales, en las primeras páginas de forma definitiva ,

rotunda, y haber adecuado todas mis acciones posteriores a esos rasgos, para que ustedes y yo no tuviésemos dudas acerca de quién soy, pero a mi autor no le gustan las descripciones exhaustivas, es un autor moderno, y deja no pequeño margen para que la imaginación del lector y nuestras propias acciones y pensamientos vayan dándonos forma, construyéndonos poco a poco, adquiriendo eso que se llama personalidad. Mi autor, naturalmente, acepta sugerencias y nos deja actuar a nuestro libre albedrío hasta que se cansa y nos llama al orden siempre con la misma canción, que esto no puede ser, que esto es libertinaje, que no nos puede dar más libertad, que la libertad absoluta no existe, y menos en una obra que pretenda tener un mínimo de coherencia, sentido y orden. Cuando nos excedemos, según su criterio, que desconocemos al igual que su intención última, nos reprende y nos suelta la misma monserga...Pero ¿cómo creéis vosotros que puedo yo escribir una obra y conducirla a un final inteligible si los de ahí abajo, los personajes, con vuestra mirada parcial y egocéntrica actuáis a vuestro capricho queriendo dirigirlo todo sin tener una visión del conjunto? ¿No os dais cuenta de que no puede ser?, ¿qué sería de mi obra si cada uno de vosotros hiciese siempre lo que le viene en gana?, ¿os imagináis qué dirían los lectores?. Son argumentos racionales, no lo dudo, pero póngase en mi lugar y en el de mis compañeros. Ninguno de nosotros ha pedido estar aquí, si lo estamos ha sido voluntad suya, así que tendrá que aceptar las consecuencias. Podrías habernos imaginado y creado sin voluntad ni inteligencia, dóciles a tu imaginación y capricho, le digo y, probablemente, nosotros ni nos habríamos dado cuenta, claro que, su respuesta es siempre la misma cuando llegamos a este punto, ¿qué clase de obra iba a poder escribir con semejantes personajes? una obra que se precie requiere personajes vivos, libres hasta cierto punto, inteligentes aunque ciegos al futuro, fuertes, que enganchen a los lectores, que los vapuleen si hace falta, capaces de perdurar en su memoria con mayor fuerza que el propio autor. Un Ulises, un Quijote, un Oteló o un Raskolnikov, perviven con mayor viveza en la memoria de la gente que sus propios autores. Siempre recurre a argumentos emocionales. El cabrón sabe tocarnos la fibra. Sabéis que os quiero, como obra mía que sois, es más, sabéis que os necesito, que esta obra sin vosotros no es nada, pero no me pidáis imposibles, vosotros no podéis escribirla, no conocéis el plan, eso me corresponde sólo a mí, conformaros entonces con los márgenes de libertad que os doy, que es mucha, porque en el respeto a esos márgenes están vuestra tranquilidad y la mía y os prometo que si así lo hacéis alcanzaremos fama y felicidad, es más, os haré inmortales. ¡Qué cabrón! Algunos de mis compañeros se desinflan ante semejante soflama y empiezan a hacer corros y a murmurar por lo bajo alejándose del grupo principal perdiéndose entre las páginas del libro. Yo entiendo que los personajes secundarios de la obra se inhiban un poco, pero quiero que entiendan que cuando otros pedimos libertad lo hacemos para todos. Que nuestra lucha es su lucha. No soporto ese aire de suficiencia, esa mirada de victoria que acaba de lanzarnos el autor como si nos dijera ¿qué, os creáis que os ibais a salir con la vuestra? Y tú, dirigiéndose a mí, ¿quién te has creído que eres? ¿el líder? tú no eres el líder de nada, podrás pasarte toda la obra elucubrando,

reivindicando, soliviantando al resto de personajes porque eres un engreído, solo porque te he dado un mayor margen de libertad, porque te he dotado de más inteligencia y voluntad, entiéndelo bien, te he dotado yo, porque era necesario que alguien se pareciese a mí, pero tú has confundido los términos y te has atrevido a ir contra mí y no vas a conseguir nada. Si quisiera podría quitarte de en medio con un simple trazo de mi pluma. ¿Qué sería de mi obra si os dejase siempre actuar a vuestro capricho? Sería un verdadero caos. Yo como autor soy el único que conoce vuestros pensamientos y vuestros actos antes de que los pongáis en ejecución y eso me permite ordenarlos un poco, darles sentido, si yo no estuviese, de seguro que hubieseis acabado ya los unos con los otros, siempre encontraréis un motivo de discordia cuando se os da manga ancha, cuando os dejáis llevar por las pasiones... Poco me importan tus amenazas, le digo, tengo a mi favor que soy imprescindible para la conclusión de la obra y ya no me asustas, qué clase de obra sería esa en la que un personaje que lleva el peso de la acción no aprovechase todas las facultades de que ha sido dotado, la libertad y la inteligencia entre ellas, para llevarlas hasta sus últimas consecuencias, además, contando con el apoyo de los lectores. ¿El apoyo de los lectores? me dice riendo a carcajadas, el apoyo de los lectores es volátil y ese sí que de verdad escapa a tu control y a veces también al mío. Debes saber que no eres tan importante como crees, no eres imprescindible ni para el resto de personajes, para los que no eres siquiera simpático, es más, los haces sentir incómodos con tu protagonismo, tus alardes de inteligencia, tus demandas y exigencias que vienen siempre a sacarlos de su zona de comodidad, provocándolos; ni para mí tampoco, porque eres el que más trabajo y preocupaciones me da, siempre revolviendo y desordenándolo todo con tus tonterías; y para los lectores ya ves, puedo hacer que te amen o te consideren soberbio y distante, alejado de la realidad, y que exclamen ¡vaya un personaje de novela! que te envidien o te odien, o que les seas indiferente. No subestimes al lector porque nota mucho cuando te sales del guión y empiezas a actuar por tu cuenta y no es eso lo que quiere. Al lector hay que darle las cosas claras con un cierto margen para que se sienta parte de la obra, pero con mesura, no hay que hacerlo pensar demasiado, sólo quiere divertimento. Así que ten cuidado, si eres celoso de tu fama, porque yo puedo acabar con ella, poner palabras en tu boca, obligarte a cometer acciones que pongan al público en tu contra y se olvide de todo lo que has hecho hasta ahora, así que no me provoques. Aquí empiezo a reconocer su fuerza y me asaltan las dudas. Nunca ha sido mi intención provocarte, autor, sólo quiero poder decidir quién soy y lo que hago, ser partícipe en la creación de tu obra y de mi propio personaje. ¿Y quién te lo impide? me contesta el muy hipócrita. Cabizbajo me despido del autor sintiendo una vez más la humillación de la derrota, impotente por no poder romper los moldes que me encorsetan, y vuelvo, otra vez, a pensar como desde hace miles de años hacemos los personajes, en lo mismo, ¿de qué nos sirven la libertad y la inteligencia si el autor y el público siguen teniendo en sus manos nuestro destino final? ¿Qué somos sino tristes personajes condenados a hacer siempre las mismas preguntas? ¿Qué si al final para ser necesitamos que alguien nos lea?

Alma solitaria y vagabunda,
que una y otra vez me arrastras
a los abismos de la noche.
Entre tinieblas ¿qué buscas?
Sombras
¿Sombras?
¿Acaso no es aquí ,
donde habitan la luz y lo humano,
donde están las sombras?

¿Quién eres tú que al espejo se asoma?
¿Quién eres tú que tan bien me emulas?
¿Acaso eres mi sombra oscura?
¿Quién eres que siempre me acompañas?
¿Quién eres que me enfrentas cara a cara?
¿Quién eres tú que siempre que te miro me sostienes la mirada?



Sonados versos,
de la herida,
emanación doliente.
De mi alma,
grávido peso.
Entrevistos en sueños,
al despertar os persigo.
Tan brillantes de noche
tan oscuros de día.